



© Joachim Hildebrand

Santanderiensia Curiosa Specimina Palmarum

Desde muy joven me han fascinado las palmeras, con su magnificente altura y su aspecto de planta exótica. Recuerdo las *Phoenix Canariensis* en la entrada del colegio de mi infancia, los Jesuitas de Sarriá en Barcelona, donde imponían respeto por su tamaño y transmitían una simbólica afirmación sobre la rectitud espiritual del centro. Aunque asocio más las palmeras con las vacaciones y el buen tiempo: dos de ellas flanqueaban la casita de playa de mis abuelos en la Costa Brava.

En una imagen rescatada de un álbum familiar, aparecen todavía jóvenes. Los veranos en la playa cambiaban la rigidez y el tedio de las palmeras escolares, por la alegría y libertad de las palmeras sobre la arena. Al sentir las fuera de la disciplina escolar, se me antojaban mucho más exóticas y bonitas, por eso años más tarde cree una marca, “**Palafito Music**”, con el símbolo de unas hojas de palmera. Incluso forré toda una pared en mi habitación con un poster gigante de una playa de la Polinesia llena de palmeras (*Cocos Nucifera*), que conseguí en una agencia de viajes.



Soñaba con viajar a lugares remotos, fantaseando con la exótica visión de los mares del Sur: destinos paradisiacos donde predominan las palmeras en atolones o en playas protegidas por arrecifes. Puedo afirmar que he cumplido ese objetivo. He dado la vuelta al mundo y he disfrutado la compañía de diversas especies de palmeras, dentro de las 2600 variantes, en espléndidos paisajes a lo largo de la geografía de la tierra. Mis predilectas son las *Washingtonia (Washingtonia Robusta)* y las *Nibung (Oncosperma Tigillarium)*.



Las Palmeras son también, en cierto modo, plantas viajeras porque colonizan muchas playas en las zonas tropicales y subtropicales, ya que sus semillas viajan flotando en el mar arrastradas por los temporales y las mareas. Ésa es su referencia más exótica, su constante presencia en las playas más bonitas del mundo, formando parte del paisaje en los resorts más lujosos de los cinco continentes ¹.

Algunas de estas semillas se han convertido en codiciados tesoros. Me llamó mucho la atención, la primera vez que lo vi en casa de un coleccionista de Barcelona, un Coco de Mar (*Lodoicea Maldivica*), una de las mayores semillas del mundo. Éstas no son precisamente las que viajan flotando; pueden llegar a pesar 20 kg. y provienen de las palmeras endémicas de la isla de Praslin, Seychelles.

Al recibir la invitación por parte de mi amigo Juan Carlos Sanz-Briz para ayudarlo a realizar este libro, apoyados por Eva Fernández Ortiz, Directora General de Cultura del Ayuntamiento de Santander, quise estudiar con cierto criterio profesional el mundo de las palmeras. Después de meses de investigación, y durante los casi dos años que hemos estado trabajando en el proyecto, he aprendido mucho sobre estas plantas. Una de las iniciativas ha sido hacerme miembro de la International Palm Society, para compartir el mutuo interés por las palmeras en el mundo.

He leído, a través del foro de esta sociedad, que recientemente hubo un descubrimiento apasionante en el mundo de las palmeras. El hallazgo en 2007 de *Tahina Spectabilis*, una especie de palmera endémica de Madagascar, la única especie del género *Tahina*. Con una población total en su hábitat natural de tan sólo 92 ejemplares, no sólo representa una nueva especie sino un género completo en la familia de las palmeras ².

Siguiendo con los detalles botánicos sobre las palmeras, acerca de su simbología en la cultura de varias civilizaciones, puedo afirmar otros datos curiosos, por

ejemplo: la palmera representa y mide el paso del tiempo, ya que es la única planta arborescente que durante la salida de la luna produce una sola rama, de modo que de cada 12 ramas de una palmera transcurre un año. Crece sin apenas agua en zonas desérticas, donde casi ninguna otra especie sobrevive, por eso es el símbolo de la resurrección, perduración y renacimiento. Para los persas representa la vida y la renovación; en la antigua Grecia era un signo sagrado de Apolo, que nació bajo una palmera en la isla de Delos y en la cultura romana la palma de la mano se asoció estrechamente con la victoria y posteriormente con la paz. En el cristianismo el Domingo de Ramos anuncia la resurrección de Jesucristo, que entró victorioso en Jerusalén con palmas a lomos de un asno y en el Islam las palmeras se asocian con el Paraíso.

Actualmente, una puesta de sol con el contraste de altas palmeras en el horizonte es sin lugar a dudas el modelo de representación del Paraíso en la Tierra. En la expresión artística encontramos muchos ejemplos, como la relación del pintor francés, Paul Gauguin, buscando la representación plástica del paraíso en su pintura con las palmeras de los trópicos.

Durante la realización de este libro he podido también contrastar algunos trabajos de otros artistas como John Baldessari, Ed Ruscha, Sigmar Polke o David Hockney que han explorado el poder de la palmera. Con John Baldessari pude conversar en la Bienal de Venecia, cuando le concedieron el León de Oro, premio a su trayectoria artística en 2009 y durante la inauguración de su exposición *Pure Beauty* en el MACBA al año siguiente.

La exposición comenzaba en el lobby del museo con la obra "Brain/Cloud, 2009". Una fotografía enorme de una palmera (*Washingtonia Robusta*) frente al mar y emplazada a su lado una escultura de un cerebro humano gigante, a modo de nube blanca sobre una pared pintada de azul cielo. La palmera, una imagen utilizada

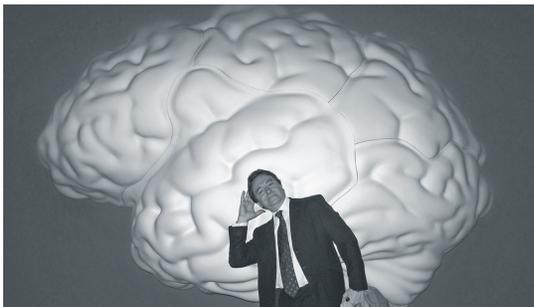
¹ *Palm Island Dubai es un archipiélago artificial formado por tres islas artificiales con forma de palmera. Es uno de los lugares más emblemáticos del mundo, conocido por sus lujosos hoteles y magníficas residencias con vistas al Golfo Árabe.*

² *Pueden leerse algunos antecedentes sorprendentes de su descubrimiento en el foro de Internet de la Sociedad Internacional de Palmeras en la página: <http://palmtalk.org>*

históricamente como el arquetipo de lugares paradisiacos, se transforma en la definición de lo “banal” en palabras de Baldessari.



Haciendo honor a su constante controversia y utilizando imágenes incoherentes, Baldessari buscaba desafiar los mecanismos naturales que usamos para recoger y analizar información visual. Al omitir o destacar elementos particulares de cada imagen, controlaba la manera en la que los ojos del espectador recorren la obra, con el fin de cuestionar la validez de los procesos de comunicación visual.



Este enfoque en la desfamiliarización de elementos visuales es evidente en el uso de la palmera como un símbolo iconográfico simultáneamente trivial y exótico. Al haber crecido en California, Baldessari tenía una perspectiva crítica hacia las palmeras - este icónico emblema de la afluencia, asociada con ciudades como Los Ángeles, se convierte más bien en un monumento a la superficialidad y falsedad californiana. La planta ni siquiera es una especie nativa de la zona, y así el artista nos hace entender que las connotaciones de prosperidad que van ligadas a su imagen y los sueños

californianos que las incluyen no son nada más que eso, sueños.

“La palmera se ha convertido en el símbolo de California como Paraíso en la Tierra, el símbolo del sueño americano”.

El sueño americano puede interpretarse también en el contexto español con la frase “hacer Las Américas”, uno de los fenómenos más importantes de la historia reciente española. En esa interpretación cobran importancia las palmeras que representan el triunfo de los Indianos que hicieron fortuna tras cruzar el océano, entre mediados del siglo XIX y principios del XX.

Muchas de las palmeras que están en la cornisa Cantábrica y en la ciudad de Santander deben su origen a esos aventureros, que emigraron buscando una mejor vida lejos de su tierra natal. Todas estas palmeras tienen un mismo fin: hacer correr la voz de que el Indiano adinerado, el emigrante que vuelve de “hacer Las Américas”, ha regresado a su lugar de origen.

Entre los indianos de La Montaña destacaron las figuras del marqués de Comillas, el marqués de Valdecilla, el marqués de Manzanedo, el conde de la Mortera, Santiago Galas, Eusebio Gómez o Mateo Haya Obregón. En su honor se levantó, en 1978, en lo alto de Peña Cabarga el Monumento al Indiano, un mirador privilegiado desde el que se domina la bahía de Santander y el puerto del que partieron miles de emigrantes hacia el nuevo continente.

Mi tatarabuelo, Teodoro Roviralta Figueras (1854-1919) fue uno de esos indianos que labró su fortuna importando vinos en Argentina. Se comenta en mi familia, que cuando fue a pedir la mano de su prometida en París, sus suegros unos respetables burgueses de la Belle Époque, pidieron cartas de referencia a su socio argentino. Este por razones de envidia y de celos envió malos informes y no fue aceptado como pretendiente. Teodoro furioso regresó en barco a la Argentina y le dio con un guante en la cara a su socio. El duelo no se celebró, pero exigió que le rectificara los informes para regresar a Francia después de algunos meses, donde fue aceptado y pudo casarse con mi tatarabuela Sofia Astoul. Años más tarde en 1899, junto con su nuevo socio en Barcelona el Dr. Andreu, cons-

con su nuevo socio en Barcelona el Dr. Andreu, construyeron la ciudad-jardín del Tibidabo en Barcelona, donde se plantaron varias palmeras, junto a su casa “El Frare Blanc”.

Yo también emigré temporalmente a América, buscando mejores oportunidades de estudios y trabajo, en la década de los años ochenta. En parte me considero también algo Indiano porque gracias a ese esfuerzo he logrado abrirme camino en el mundo del arte, consiguiendo mis primeros éxitos fuera de mi país. Todavía no he plantado ninguna palmera tras mi regreso a España, pero en espera de hacerlo pronto he comenzado con este libro.

Santanderiensia Curiosa Specimina Palmarum, es una colección de curiosos especímenes de palmeras de la ciudad de Santander. He querido titularlo bajo un epígrafe en latín, como suelen clasificarse en botánica los nombres de las diversas especies vegetales.

Teniendo en mente el resultado de las primeras tomas y la terrible pérdida informática, la segunda vez que realicé las fotografías, decidí evitar los días de sol radiante para eliminar los grandes contrastes de luz, sobre todo las oscuras sombras en las coronas de las copas de las palmeras. La repetición del trabajo me ayudó a prepararme con los recursos técnicos necesarios y a conseguir mejores imágenes.

Realizar este libro ha sido para mí un ejercicio de reflexión sobre parte de mi vida y de aprendizaje en varios sentidos. El esfuerzo después de haber perdido totalmente el trabajo previo, me ha permitido incidir en detalles que no había visto. El hecho de haber fotografiado durante el invierno resalta las palmeras sobre los demás árboles de hoja caduca y consigue una mayor calidad tonal bajo cielos nublados.

Recuerdo mi primer viaje a Santander en abril de 1966, en compañía de mi abuela Mercedes Salisachs. De camino a su casa en San Sebastián de Garabandal, pernoctamos en el Hotel Real, con la espectacular vista a la bahía sobre las palmeras que todavía siguen en su jardín.

He encontrado este fragmento en una de sus novelas ³ donde hace referencia a unas palmeras:

“Observar el diminuto jardín frente al Banco de Bilbao casi con ternura: «Si volviera a ser niña me convencería de que ese fragmento de grama y esos pequeños arbustos son parte de un parque.» Un parque extenso, lleno de seres microscópicos pugnando por alcanzar cimas altas como los humanos.

Eso era lo que solía hacer ella cuando descubrió la vida: imaginar imposibles poéticos y vivirlos a su modo como si fueran reales.

Decirse que la imaginación puede modificar la vida. Y esforzarse en verlo todo distinto de como lo ha visto hasta ahora.

Contemplar las enormes palmeras que se extienden a lo largo de la acera simultaneándose con los sicómoros y las farolas que antiguamente se encendían con gas. Pensar que todo tiene un significado; que nada está ahí fortuitamente”.

Tuve la suerte de poder ilustrar y diseñar algunas portadas de las novelas de mi abuela, por ejemplo, “*Along the Shore of Dreams*”, “*Reflejos de Luna*”, “*Bacteria Mutante*” o “*El Caudal de las Noches Vacías*”, que tiene cierta similitud a la portada de este libro, *Palmeras de Santander*.

Conviví con ella 53 años, desde mi temprana infancia hasta los últimos días de su vida, compartiendo entrañables momentos de reflexión artística y literaria. Aprendí mucho a su lado. Me hubiera gustado mucho invitarla a escribir unas palabras en este libro, pero percibo desde otra dimensión que ella me está guiando mientras compongo este texto.

He visitado posteriormente en diversas ocasiones *La Montaña* y la ciudad de Santander, y en todas esas situaciones me ha parecido un lugar único y especial. Ahora conozco mejor sus barrios y calles gracias a las palmeras. Como decía David Hockney: «A veces se necesita un extranjero para venir a ver un lugar y pintarlo. Recuerdo que alguien dijo que nunca se habían fijado en las palmeras aquí, hasta que las pinté».

³ “*El Volumen de la Ausencia*”, Premio Ateneo de Sevilla 1983.

Espero que alguien pueda comentar lo mismo sobre los curiosos especímenes de palmeras en Santander, al ver mis fotografías.

Duplicar el trabajo me ha llevado a realizar muchas más fotografías que no han cabido en este libro, pero pueden verse en la web:

www.palmerasdesantander.com

Como referencia en la historia de la fotografía del siglo XIX podemos ver la importancia que las palmeras desempeñaron, sobre todo, en el desarrollo de la fotografía botánica y la fotografía de viajes. En los primeros tiempos de la fotografía, uno de los temas más comunes en botánica eran las palmeras. Muchos de los primeros fotógrafos botánicos, como Anna Atkins y William Henry Fox Talbot, capturaron imágenes de palmeras para mostrar las capacidades del nuevo medio. Estas primeras imágenes de palmeras se utilizaron a menudo en publicaciones científicas y como material de referencia para botánicos y naturalistas. Las palmeras desempeñaron un papel destacado en la fotografía de viajes durante el siglo XIX y en la visualización del movimiento cultural del Orientalismo, cuando Europa observó con ojos curiosos cómo el vecino Imperio Otomano se descomponía. Ser orientalista significaba salir a explorar Oriente, sin embargo, algunos artistas nunca salían del estudio, dedicándose a imaginar, ayudados por la literatura de viajes o alguna lámina o daguerrotipo que venía de allí. De hecho, el orientalismo era un movimiento algo imaginado. A medida que los viajes se hacían más accesibles a las clases altas, los fotógrafos documentaban sus viajes a lugares exóticos, incluidas las regiones tropicales donde abundaban las palmeras.

Estas fotografías se utilizaban a menudo para crear álbumes de viaje y también se exhibían en galerías y exposiciones, mostrando la belleza y diversidad del mundo natural en busca del contraste con la ilustración de sus vidas.

Un fotógrafo notable que capturó imágenes de palmeras fue Eadweard Muybridge. En la década de 1870

viajó a Centroamérica y fotografió diversas plantas tropicales, entre ellas palmeras. Sus imágenes, célebres por su precisión científica y su atención al detalle, le ayudaron a establecerse como uno de los fotógrafos botánicos más destacados de su época.



Cocoa Palm Retalhuleu, Guatemala, 1877.
Eadweard Muybridge

Además de su valor científico y estético, las imágenes de palmeras tenían aplicaciones comerciales. Los fotógrafos las vendían a editoriales que las utilizaban en libros y revistas para ilustrar relatos sobre viajes, botánica y otros temas. Las palmeras eran especialmente populares en la publicidad, donde su aspecto exótico se utilizaba para promocionar artículos de lujo y destinos tropicales, presentando lo desconocido, lo misterioso y lo prohibido. Estas imágenes no sólo mostraban la belleza y diversidad del mundo natural, sino que también desempeñaron un papel importante en el desarrollo del propio medio fotográfico.

Volviendo a este libro, quisiera agradecer a Fernando García-Barredo y Gema Martínez Viura su trabajo en el diseño final y la supervisión de imprenta y encuadernación. En los últimos días antes de ir a imprenta le he pedido a Juan Carlos que me ayudara en la tarea de “walking the book”, ese simple ejercicio de poner las páginas en el suelo y empezar a revisar la secuencia de paginación, caminando el libro del inicio al final, para encontrar el ritmo adecuado y los descansos visuales de las páginas en blanco, en nuestro caso en verde. Ese truco lo aprendí de mis maestros de diseño gráfico en la escuela de Basilea y en



"Walking the book"

Rhode Island School of Design. Ellos, a su vez, lo aprendieron respectivamente de sus maestros de la Bauhaus y de Alekséi Brodóvich, gran fotógrafo y diseñador ruso, que fue durante muchos años director artístico de Harpers Bazar en Nueva York, promotor de otros grandes artistas como Blumenfeld, Cartier-Bresson y Man Ray, a la vez de instructor de Richard Avedon o Irving Penn.

Pienso que, entre nosotros dos, hemos conseguido darle un ritmo adecuado. Este libro puede seguir ahora un suave compás de jazz al pie de una verde palmera, acompañar los lunes clásicos en el paraninfo de *La Magdalena*, o los dulces pasos de una bosanova:

*[...] Depois, na Praça Caymmi
Sentir preguiça no corpo
E numa esteira de vime
Beber uma água de coco
É bom!*

*[...] Depois sentir o arrepio,
Do vento que a noite tras,
E o diz-que-diz-que macio,
Que brota dos coqueirais...⁴*

*[...] Más tarde, en la plaza Caymmi
Sintiendo pereza en el cuerpo
Y sobre una esterilla de mimbre
Bebiendo agua de coco
¡Está bueno!
[...] Entonces siente el frío,
Del viento que trae la noche,
Y el suave susurro,
Que brota de los cocoteros...*

Miguel Soler-Roig Juncadella

⁴ "Tarde em Itapoã", 1977

Toquinbo y Vinicius di Moraes